

«—Dónde está tu padre?»

A esta burlona pregunta de los fariseos, que se daban por desentendidos del Padre, a que Jesús aludía, respondió gravemente el Mesías:

«—Ni me conocéis a mí, ni conocéis a mi Padre. Si me conociérais a mí, también conocerías a mi Padre».

Bien claramente les daba a entender de qué Padre él hablaba. Y echábalos en rostro, el que a pesar de sus milagros no reconociesen todavía quién él era, y quién era su Padre. Y dice San Juan, que a pesar de ser tan terminantes las declaraciones, y de decirlas en el Gazofilacio del templo, sitio bien público, y enseñando, delante de mucho pueblo, con todo (ninguno le prendió porque todavía no había llegado la hora».

Sin embargo, la controversia se iba calentando y los fariseos se iban enardeciendo. Jesús, volviéndose sobre las últimas palabras que había dicho, y advirtiéndoles la gran culpa y responsabilidad, que, por no haberle querido reconocer, tenían, les amenazó con el más terrible castigo que podría imponerles, diciendo:

«—Yo me voy. Y me buscaréis y moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy no podéis venir vosotros».

Terrible amenaza por cierto. El Mesías, el esperado, el prometido les había venido. No le habían querido aceptar ni reconocer. Culpa grande y pecado irremediable. El Mesías, pues, se iba a ir y los iba a dejar. Ellos seguirían esperando al Mesías, y buscándolo en cualquier impostor que se presentase; pero no hallarían al verdadero Mesías, porque éste era él, y a él no le querían reconocer. Y morirían en su pecado; porque el pueblo escogido sería destruido y arrasado y dispersado en pena de su infidelidad. Adonde yo voy no podéis venir vosotros. Porque yo voy a mi Padre y vosotros no podéis venir conmigo.

Recibieron con mofa semejantes palabras, según parece, los fariseos y dijeron despreciativamente:

«¡Si se irá a matar a sí mismo!... Porque dice que adonde yo voy no me podréis seguir».

«Respondió Jesús:—Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Ya os digo que moriréis en vuestro pecado; por-

que si no creéis que soy yo (lo que digo) moriréis en vuestro pecado».

«Interrumpiéronle los fariseos y dijéronle:—Pues y ¿quién eres tú?»

«Díjoles Jesús:—Soy el que desde el principio os estoy diciendo. Muchas cosas tengo que hablar y juzgar de vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo hablo al mundo lo que oí de él.

«No conocieron, dice esta vez el Evangelista, que llamaba su Padre a Dios.

«Díjoles, pues, Jesús: Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que soy yo, y que nada hago de mí mismo, sino que como me enseñó el Padre así hablé. Y el que me envió está conmigo y no me dejó solo. Porque yo hago siempre lo que a él le agrada».

En efecto, crucificado Jesús, muchos judíos creyeron en él y se convirtieron.

Muy claro les habla aquí de su Padre y de su misión divina recibida de él.

149. LOS HIJOS DE ABRAHAM

(J. 8, 31)

Era tal el acento de convicción con que dijo estas cosas el Maestro divino, tal la fuerza de sus explicaciones, tal, en fin, la claridad de sus pruebas, que según asegura el Evangelista San Juan, «cuando dijo esto muchos creyeron en él».

Y no debían ser galileos éstos, a quienes se refiere el Evangelista, sino judíos según se expresa; aunque tampoco debía ser muy firme su fe, porque Jesucristo en tono de desconfianza los exhortaba a perseverar.

«Decía, pues, Jesús a los judíos que en él habían creído:

«—Si vosotros permanecéis en mi palabra seréis en verdad mis discípulos. Y conoceréis la verdad y la verdad os dará libertad».

«Gran don les prometía! la libertad, la libertad del alma de la servidumbre del pecado. La gracia que hace a los hombres, en vez de esclavos de la culpa, hijos de Dios. Pero aquellos judíos, más arraigados en soberbia que en fe de Cristo, y otros que con ellos estaban y no habían ni

empezado a creer en Cristo, sintieronse heridos cuando Cristo les prometió libertad si perseveraban en creerle, y le respondieron:

«—Somos hijos de Abraham! no hemos sido esclavos jamás de nadie! ¿A qué nos vienes diciendo: seréis libres?»

«Respondióles Jesús:—En verdad, en verdad os digo que todo el que obra pecado es esclavo del pecado. Mas el esclavo no permanece jamás en la familia, al paso que el hijo permanece en ella siempre. Si pues el Hijo os libra, seréis realmente libres.

Queríales decir: No es verdad que seáis libres; porque, si tenéis pecado, sois esclavos del pecado que es la peor esclavitud. Y aunque por descender físicamente de Abraham os creáis hijos de mi Padre celestial, y de su familia, no lo sois, ni entraréis en ella por vosotros. Yo, sí, soy hijo, y estoy siempre en mi familia. Y soy el que os puedo introducir en ella. Pero es preciso que admitáis mi doctrina; y con ésta os haréis libres.

Y refutando su jactancia, prosiguió:

«—Ya sé que sois hijos de Abraham; pero intentáis quitarme la vida: porque mi palabra no cabe en vosotros. Yo hablo lo que tengo visto junto a mi Padre; así también vosotros hacéis lo que habéis oído junto a vuestro padre».

No les decía Jesús quién era su padre, ni ellos se atrevieron a darse por entendidos de que aludiese al demonio. Pero arrogantes respondieron:

«—Nuestro padre es Abraham!...»

A semejante arrogancia contestó Jesús con entereza!

«—Si sois hijos de Abraham, haced obras de Abraham. Y no que estáis buscando quitarme la vida, a un hombre que os estoy diciendo la verdad, que he oído de mi Padre. Eso no hizo Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre».

No lograban que Jesús dijese de qué padre trataba. Y queriendo sacar esto, dijéronle:

«—Nosotros no hemos nacido de adulterio. Solo tenemos un padre, Dios».

Refutó también Jesús esta idea y dijo:

«—Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais a mí; porque yo de Dios he salido, y de Dios vengo; pues no he

venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Pues no podéis escuchar mi palabra!

«Vuestro padre es el diablo, y anheláis ejecutar las obras de él. El ha sido homicida desde el principio, y no se sostuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice mentira entonces dice lo suyo; porque es mentiroso y padre de mentira. Pero si yo digo la verdad no me creéis.

«¿Quién de vosotros me puede probar pecado? Y si yo digo la verdad ¿por qué vosotros no me creéis? El que es de Dios oye las palabras de Dios, y por eso no oís, porque no sois de Dios».

Las palabras no podían ser más terminantes, las sentencias no podían ser más severas. Sin duda ninguna que aquellos soberbios judíos bramaban de furor al oírse tratar de aquel modo. Por eso con ira reconcentrada, pasando de las razones al insulto, le dijeron:

«—¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y tienes demonio?»

«—Yo no tengo demonio, respondió Jesús, sino que honro a mi Padre y vosotros me deshonráis a mí. Pero yo no busco mi gloria. Ya hay quien la busque y la vindique. En verdad, en verdad os digo: el que guarde mi palabra no verá jamás la muerte.

«Dijéronle los judíos:—Ahora si que vemos que tienes demonio. Con que murió Abraham y los Profetas ¿y tú dices: el que guarda mi palabra no verá la muerte jamás? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Abraham que murió? Y murieron también los profetas. ¿Por quién te tienes a tí mismo?»

Cuanto más se desbordaba la ira y furor de los judíos, tanto más entero y sereno seguía Jesucristo, y afirmándose más y más en aquello que ellos tenían por disparate evidente dijo:

«Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es. Es mi Padre quien me glorifica, ese que vosotros decís que es vuestro Dios. Y no le habéis conocido! pero yo le conozco, y si dijera que no lo conozco seré mentiroso como vosotros. Pero le conozco y guardo su palabra».

Y para curarles un espanto con otro mayor, ya que ellos

tanto apelaban a su Padre Abraham, para mostrarles cuán diferente era Abraham de ellos dijo:

«Abraham vuestro padre se llenó de entusiasmo para ver mi día; lo vió y se regocijó». Es decir: lleno de entusiasmo deseó y esperó ver mi existencia, que se le reveló por profecía. Y lo ha visto (sin duda desde el limbo, o por favor de Dios, o por noticias que le dieron los que morían) y se ha llenado de alegría.

Entonces el escándalo llegó a su colmo.

«—No tienes aún cincuenta años y ¿has visto a Abraham?»

Al llegar aquí Jesucristo solemnemente, con plena posesión de la verdad y conciencia segura de su ser, pronunció una de las sentencias más santas y terminantes de su divinidad eterna:

«—En verdad, en verdad os digo: antes que Abraham fuese hecho existo yo».

Lo mismo fué decir Jesús estas palabras que lanzarse todos a coger piedras para arrojarlas sobre él. Según ellos había blasfemado. Se había hecho hijo de Dios, dios eterno, mayor que Abraham y anterior a él. Era preciso apedrearlo y acabar con él de una vez.

«Pero Jesús se ocultó, y salió del Templo».

Fuese milagro, que es lo más probable, fuese ocultación natural en algún sitio del Templo, Jesús se ocultó y así evadió la furia de sus enemigos, que se quedaron con las piedras en las manos.

¡Aún no había llegado su hora y el poder de las tinieblas!

150. EL CIEGO DE JERUSALÉN.

(J. 9, 1-34)

Con las piedras en las manos quedaron los agresores sacrílegos en el templo mientras Jesús oculto, como dijimos, a sus ojos salió tranquilamente, y pasando sin preocuparse de sus enemigos encontró en su camino un ciego de nacimiento.

Debía ser el ciego de aquella calle, y acaso estaba sentado a la puerta de su casa o en algún sitio acostumbrado mendigando, pues era conocido de aquella vecindad. Como

Jesús se fijó en él, en él también se fijaron sus discípulos, y llenos de esa curiosidad que siempre tenemos los mortales de averiguar los juicios de Dios, y el por qué de las desgracias de los hombres, le preguntaron:

—Maestro ¿quién ha pecado para que éste naciera ciego? ¿él o sus padres?

Algunos creen que entre los judíos había quienes creían en la metempsícosis, o sea en la trasmigración o al menos preexistencia de las almas antes de nacer, y que éstas podían pecar antes de venir al mundo, y así merecer algunas desgracias de origen. Sin embargo, más parece que la pregunta de los discípulos es sencillamente esa pregunta que nos hacemos todos cuando vemos un desgraciado de nacimiento. ¿Qué culpa tuvo éste para nacer así?

«Respondió Jesús:—Ni pecó éste ni sus padres. Sino que este caso está ordenado para que se manifiesten en él las obras de Dios. Es preciso que yo ejecute las obras del que me ha enviado mientras es de día; viene ya la noche en que nadie puede obrar. Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo».

El Maestro se disponía a hacer un milagro. Durante todas las fiestas y el tiempo que había estado en Jerusalén había explicado grandes verdades y altísima doctrina, pero no había hecho ningún milagro. Se había contentado con aludir a los que en otras ocasiones había hecho. Pero ahora, para confirmar de nuevo su doctrina divina iba a realizar otro portento, patente y clarísimo; discutidísimo, pero invicto. Es realmente precioso el relato que de él nos dejó San Juan que fué testigo presencial del caso admirable.

Dijo, pues, Jesús:—Se acerca la noche de mi muerte, en que nada haré, pero aún es de día, y yo mientras dura el día, puedo y debo hacer lo que quiere mi Padre, y para lo que me envió mi Padre. Yo acabo de decir en el templo que soy luz del mundo. Voy a probar lo que soy.

Y para demostrar que era luz espiritual de la tierra tomó a aquel infeliz que carecía de luz corporal.

Acercóse, pues, al Ciego y dijo:—«Yo soy luz del mundo».

«Y habiendo dicho esto escupió en tierra e hizo barro con la saliva y con este barro le untó sus ojos y le dijo:—

Vete y lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir *enviado*).

»Fuese, pues, lavóse y volvió viendo.

»Los vecinos y los que antes le habían visto, que era mendigo, decían:—¿No es éste aquél que estaba sentado y mendigaba?

»Unos decían:—Él es.

»Otros decían:—De ningún modo, sino que se le parece.

»Y él decía:—Soy yo.

»Y le decían:—Cómo se te han abierto los ojos?

»Respondió:—Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, y ungió mis ojos y me dijo: vete a la piscina de Siloé y lávate. Y he ido y me he lavado y veo.

»Dijéronle:—¿Dónde está aquél?

»Dice él:—No sé».

Entre toda la turba, que se había arremolinado, estaban sin duda muchos de los espías de Jesús enviados de los fariseos, y aun algunos fariseos, los cuales creyeron que era aquel un caso digno de ser inmediatamente delatado a sus amos y al Sanedrín.

Es de notar que el día en que Jesús curó al ciego era sábado, y entre las minucias que los supersticiosos observadores del sábado habían señalado en su casuística como prohibida en tal día, era una precisamente la de poner saliva sobre los párpados de un enfermo. Cualquiera hubiera dicho que Jesús se había propuesto contravenir a semejante superstición.

«Conducen, pues, a aquel que había sido ciego a los fariseos».

No se reunía el Sanedrín los sábados; pero acaso había alguna excepción para los casos extraordinarios, como era éste, acaso esta vez no se reunió formalmente el Sanedrín sino los fariseos sin formalidad ni junta.

Llegado el ciego a presencia de la reunión «otra vez le preguntaron los fariseos, cómo había recobrado la vista, y él les dijo: Me puso lodo en los ojos, y me lavé y veo».

Confusos quedaron de seguro los fariseos a tan sencilla y convincente relación, y empezando a juzgar el caso, empezaron también a disentir en sus pareceres.

«Decían, pues, algunos de los fariseos:—Este hombre no es de Dios, pues no guarda el sábado.

»Decían otros:—¿Cómo puede un hombre pecador hacer tales prodigios?

»Y había disensión entre ellos».

Estos segundos debían ser Nicodemus y otros como él.

Realmente era imposible pensar que un pecador pudiese hacer estos milagros. Porque si bien absolutamente no es imposible que un pecador haga milagros, pero los milagros que hacía Jesús eran para probar su misión y divinidad. Las opiniones se dividían. Entonces sin saber por dónde tirar, dirigiéronse al ciego de nuevo, y le dijeron:

«—Tú ¿qué dices de él? por qué te ha abierto los ojos.

Buscaban sin duda una confesión del ciego que les sirviese a ellos para declarar contra Jesús. Pero el ciego resuelto respondió:

«—Que es profeta».

«No creyeron, pues, los judíos que aquel hombre hubiese sido ciego y que hubiese recobrado la vista, sino que llamaron a los padres del que había recobrado la vista, y les preguntaron estas palabras:—¿Es este vuestro hijo, el que decís vosotros que nació ciego? Pues cómo es que ahora ve?»

Lo que no pudieron obtener del ciego, una declaración o alguna confesión que desautorizase el milagro de la curación, lo quieren sacar ahora a los padres del ciego. Y echando fuera, según parece, al ciego, comienzan a preguntar aparte de él a sus padres con autoridad y astucia a un tiempo, como seguros de que había allí algún engaño. Dícenles sin mentarles para nada milagro ni Jesucristo:

«—¿Es hijo vuestro ese que decís que ha nacido ciego? Pues ¿cómo ve ahora?

Estaban los padres llenos de recelo y miedo, porque como ya «los judíos habían convenido en expulsar de la sinagoga a quien confesase que Jesús era Cristo», temían que a ellos los castigasen excomulgándoles, si decían que Cristo había dado la vista a su hijo. Por eso respondieron con astucia a la astucia de los fariseos.

«—Nosotros sabemos que éste es hijo nuestro y que nació ciego. Pero cómo es que ve ahora no sabemos, ni quién

abrió sus ojos no sabemos; preguntádselo a él, edad tiene, él hablará de sí.

Viéndose así de nuevo cerrados «llamaron otra vez al que había sido ciego y le dijeron con afectada calma y solemnidad:

«—Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador».

¡Infelices! no podían negar el hecho maravilloso en que todos estaban contestes, y quieren destruir todo su efecto natural de autorizar a Jesús, y dicen al ciego. Da gloria a Dios, que te ha hecho tantos beneficios. Porque no creas que eso te ha hecho ese hombre, que tenemos muchos motivos para asegurar que es pecador.

Difícil era convencer al ciego de ello; era, por lo que se ve, muy listo, y les respondió:

«—Si es pecador yo no lo sé; lo único que sé es que estando antes ciego, ahora veo.

No salían los pobres fariseos de sus enredos, sino que cada vez quedaban más cogidos; y deseando desenredarse enredando al ciego, renovando su fingida calma, que ocultaba un volcán, le dijeron con sosiego:—«Vamos a ver! qué te hizo? cómo te abrió los ojos?»

Cansado el ciego, y viendo que lo único que querían era enredarle y deshacer la fuerza del hecho, les respondió:

«—Ya os he dicho y lo habéis oído... ¿qué? ¿queréis oírlo otra vez? Acaso queréis hacerlos vosotros también sus discípulos?»

»Terrible era el sarcasmo! al oírlo estallaron de ira todos, maldijéronle diciendo:

»—¡Tú serás su discípulo! nosotros somos discípulos de Moisés! sabemos que a Moisés habló Dios; pero ese hombre no sabemos de dónde es.

»Respondió el ciego y dijo:

»—Eso es lo admirable, que vosotros no sepáis de dónde es y que haya abierto mis ojos. Ya sabemos que Dios no oye a los pecadores. Sino que cuando uno reverencia a Dios y hace su voluntad le escucha. Jamás hemos oído que un hombre haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si este no fuera de Dios no podría hacer nada».

Aunque las palabras del ciego comprenden muchas co-

sas inexactas de suyo si se las examina con rigor, ya se entiende su sentido. Quería decir que Dios no escucha a los pecadores cuando éstos quieren hacer algún milagro para probar su bondad o su misión divina, como ha escuchado a Jesús, que ha hecho un milagro para probar que es Cristo. Añadía que jamás se ha sabido que ningún hombre con sus fuerzas humanas haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento del modo como a él se los han abierto. Y concluía: evidentemente ese hombre es lo que él dice, Cristo, de Dios, porque si no fuese de Dios no haría nada de esto.

La rabia de los fariseos llegó a su paroxismo, y sin dignarse refutar ni atender a su invicto razonamiento, le dijeron:

«—En pecado has nacido todo entero y vienes a enseñarnos?...»

»Y lo arrojaron fuera».

151. LA LUZ DEL MUNDO Y LOS CIEGOS

(J. 9, 35-41)

Salió el pobre hombre expulsado inicuaente de la sinagoga por los obstinados fariseos, y fué tan ruidoso el caso que todos estaban hablando de él. También llegó a oídos de Jesús la noticia, y sin duda que se conmovió su Corazón suavísimo al saber que por su causa aquel pobrecito padecía. Por eso, deseoso de consolarlo y animarlo, y de completar su gracia, dándole, así como le había dado la luz exterior, la interior de la fe perfecta en su Divinidad, se le hizo encontradizo, lo llamó y le dijo:

«—¿Crees tú en el Hijo de Dios?»

El mendigo que, sea por la voz, sea por referencia, o de otro modo, sospechaba y acaso sabía cierto que quien le preguntaba era quien le había dado la vista, confiando en que lo que él le dijese merecía crédito y confianza, dijo:

«—Señor ¿y quién es ese? para que crea en él.

«Díjole Jesús:—Le has visto. El que está hablando contigo ese ese.

»—Creo, Señor, dijo él y cayó de rodillas adorándole.

Magnífica y sencillísima confesión de la Divinidad. Al

punto Jesucristo, viendo a la muchedumbre agolpada, y entre ella algunos fariseos, alzó la voz y dijo:

«—Yo he venido a este mundo para hacer juicio, para que los que no veían vean y los que veían queden ciegos. Es decir: para que los humildes que estaban sin doctrina reciban la luz de la fe y de la verdad, y los soberbios que se precian de doctos e ilustrados cieguen de incredulidad. Lo mismo que había dicho Simeón en su cántico profético, «para ruina y resurrección de muchos».

Conocieron los fariseos, que allí estaban, la alusión a ellos y a su obstinación, y le dijeron:

«—Acaso nosotros también estamos ciegos?»

«Dijoles Jesús:—Si fuerais ciegos no tendríais pecado. Pero vosotros decís: nosotros vemos. Y vuestro pecado permanece».

Si hubieran sido ciegos hubieran conocido que eran ciegos, y hubieran buscado humildemente la luz, o no se les hubiera podido echar en cara su ignorancia inculpable. Pero no eran ciegos, sino que eran ilustrados, pero tan desgraciadamente ilustrados, que no querían ver otra doctrina que la suya; y por eso, diciendo, nosotros ya vemos, no tenemos necesidad de luz ni de más vista, se quedaban endurecidos y obstinados en su pecado.

¡Oh! qué verdad es que no hay peor ciego que el que no quiere ver, ni peor sordo que el que no quiere oír!

¡Señor! Luz del mundo, creemos! ayuda a nuestra incredulidad!

152. EL BUEN PASTOR

(J. 10, 1-21)

Era la tarde, los trabajadores se retiraban del trabajo, y acaso algunos pastores traían el ganado de los prados y pasaban por las calles. El Mesías que muchas veces había visto a su pueblo abandonado y deshecho como rebaño sin pastor, lo vió así de nuevo esta vez. Lejos de ser pastores los fariseos, eran ladrones y tiranos que maltrataban a sus ovejas como acababan de maltratar a aquel pobre ciego, oveja fiel de Dios, a quien él había dado la vista y la fe.

Entonces aquel de quien Jehová había dicho a Ezequiel:
«Yo suscitaré para mis ovejas un pastor que las apaciente,

a mi siervo David, él las apacentará y les servirá de pastor», conforme a su misión dijo continuando su discurso:

«—Sí, sí, yo os digo, el que no entra por la puerta al redil de ovejas, sino que sube por otra parte, ese es ladrón y salteador; en cambio el que entra por la puerta es pastor de ovejas. A ese le abre el portero, y las ovejas entienden su voz, y él llama a las suyas con su nombre y las saca. Y cuando ha sacado sus propias ovejas, va ante ellas y ellas le siguen porque conocen su voz. Pero al extraño no le siguen, sino huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños».

Era y es acaso aún uso de Palestina tener en cada pueblo un aprisco común para varios dueños y pastores. Cercarlo de una valla o tapia, y pónenle una puerta. Allí meten todos sus rebaños, y dejándolos vándose los pastores menos uno que por turno va haciendo la guardia en la puerta, por horas de la noche o por *vigilias* que eran espacio de tres horas.

En amaneciendo viene cada pastor, ábrele el portero, entra, da sus silbidos o sus voces, llamando a sus ovejas acaso por su nombre, pues las tiene bien conocidas. Las ovejas conocen cada una a su pastor y se agrupan a su alrededor, y cuando ven que su pastor sale, le siguen seguras al campo.

Por eso dice el Señor: los pastores entran por la puerta. Si alguno salta la valla o escala la tapia, es señal de que no es pastor, sino ladrón que burla la vigilancia del portero, y escala, porque sabe que el portero no le abrirá.

No entendieron, según dice San Juan, lo que quería decirles. Por eso les dijo de nuevo:

«—Yo soy la puerta para las ovejas. Todos los que han venido son ladrones y salteadores, y las ovejas no los han atendido».

No se refería a los que en todo tiempo habían regido a Israel, que entre ellos hubo buenos y muy buenos pastores, como Moisés y David y los Profetas. Referíase a los de su tiempo, los cuales no querían entrar por la única puerta que había ya, que era Cristo. Antes de su encarnación no podía él ser puerta, ni tener ovejas, ni formar redil, ni exigir la fe en su persona que ahora exigía. Pero ya era preciso para poder regir a Israel creer en el Maestro, en el

Mesías, entrar por Cristo como puerta. Lo cual no querían los fariseos. Por eso decía Jesús. Todos esos que han venido antes de mí, y no querían aceptar mi doctrina y magisterio, han entrado por las bardas, saltando por las tapias, y son ladrones. No es extraño que el pueblo no los oiga, que sus ovejas no reconozcan su voz. Y prosiguió diciendo:

«—Yo soy la puerta. El que entre por mí ese se salvará, y entrará y saldrá y hallará pasto. El ladrón no viene sino a robar y matar y destrozar. Yo vengo para que tengan vida y la tengan en abundancia.

»Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario y que no es pastor, ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató y dispersa las ovejas. Y huye el mercenario, porque es mercenario, y no se interesa por las ovejas.

»Yo soy el buen Pastor, y conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí. Lo mismo que me conoce a mí mi Padre y que yo le conozco a él. Y pongo mi vida por mis ovejas.

«También tengo otras ovejas que no son de este redil. Y también a esas tengo yo que recogerlas; y oirán mi voz, y se formará un redil y un pastor».

Dulcísima y consoladora palabra del Señor. El es ya el único pastor, y el pastor bueno y excelente. Y más hermosamente lo dice en griego el Evangelista San Juan, pues lo dice de esta manera: «Yo soy el Pastor, el bueno. El Pastor, el bueno da su vida por sus ovejas». El es, en efecto, el Pastor, el único Pastor, porque ya van á desaparecer todas las diferencias de rediles. Y es el bueno, el eximio, el excelente, el gran Pastor, tan excelente y tan bueno, que da la vida por salvar a sus ovejas.

Para tal Pastor, para Pastor tan excelente y bueno, es pequeño el redil de Israel. Hay fuera de él muchas ovejas que él llamará y hará venir a su redil. Toda la gentilidad que, puesta entonces fuera del redil del pueblo de Dios, cuando Jesucristo por medio de sus Pastores los apóstoles le dé su silbido y la llame con su voz, vendrá corriendo de todas las regiones del orbe a su redil, y se juntará con los judíos que hayan entrado por la verdadera puerta que es Cristo, y con ellos formará un redil bajo un solo pastor su-

premo que es Cristo. Mas para eso ¡cuánto hay que hacer todavía! para redimir a esas ovejas del lobo será preciso que el buen Pastor dé su vida por sus ovejas. Y sí la dará.

«—Yo doy mi vida por mis ovejas, decía. Y continuaba.

»—Por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida, (aunque) para tomarla otra vez. Nadie me la quita. Sino que yo la doy por mí mismo, pues tengo potestad para darla y potestad para tomarla de nuevo. Ese mandato he recibido de mi Padre».

Gran amor! gran poder! Estupenda bondad y estupenda confianza la del Maestro.

Yo amo tanto a mis ovejas, que por salvarlas, por redimir tanto a las que han perecido en Israel, como a las que viven lejos y fuera en la gentilidad, daré mi vida. No huiré, como los mercenarios, sino que iré a arrebatarlas del lobo, aunque para ello será preciso, que dé la vida, pues así lo dispone mi Padre.

Pero para que nadie piense que es débil mi poder, pues sucumbo a la muerte, ni que soy como uno de tantos hombres mortales y pastores humanos, si es verdad que doy la vida será porque yo quiero darla, pues tengo poder para darla o no darla, y si yo no quiero nadie me la puede quitar. Y en prueba de que tengo este poder de impedir mi muerte, luego que muera volveré yo mismo a tomar mi vida, cosa a ningún mortal jamás permitida, que él mismo a sí mismo se resucite.

¿Qué hicieron los judíos al escuchar este divinísimo discurso? ¿no cayeron a los pies del amabilísimo Maestro que tan incomprensible amor nos mostraba? ¿No oyeron su suavísimo silbido y su voz fascinadora? ¿No siguieron al punto al que los quería salvar y conducir a su redil y a los campos de la abundancia de vida?

Como siempre y conforme a la profecía de Simeón, dividiéronse en dos bandos los oyentes. A una parte los de la ruina y a otra los de la resurrección. Dice San Juan: «Otra vez se suscitó la disensión entre los judíos con estas palabras:

»Y decían muchos de ellos:—Tiene demonio y desvaría. ¿Por qué le atendéis?

»Otros decían:—Las palabras no son de quien tiene

demonio. Acaso el demonio puede abrir los ojos de ciegos?»

Las ovejas y cabritos que el Señor aseguró en otra ocasión que habría el día del juicio, se portaban ya como quienes eran. Las ovejas humildes oían la voz del buen Pastor. Los cabritos inquietos e indómitos se rebelaban y retorcián.

153. LA ORACIÓN DOMINICAL

(Lc. 11, 1-4; Mt. 6, 9-13)

Hay una oración breve en palabras y riquísima en gracias, sencilla en expresiones y profundísima en conceptos, la más perfectamente humana que se conoce en el mundo. Oración que han pronunciado millones de labios, en todas las lenguas de la tierra, y que han exhalado millones de corazones en todos los rincones del orbe, y que se han transmitido sin mudar una palabra centenares de generaciones por todos los siglos.

Es la que vulgarmente llamamos el Padrenuestro, y más científicamente Oración Dominical.

¿Quién hizo esa preciosa oración? El Señor. Por eso se la llama *Dominical*, que en latín es lo mismo que *Señorial*.

No es fácil, porque no nos dan los Evangelistas datos suficientes para ello, seguir todos los pasos del Salvador en su vida. Después de las fiestas de las Tiendas, (aunque sobre esto hay muchísimas opiniones, que dejaremos a los disputadores) el Señor debió quedarse por los alrededores de Jerusalén. Acaso se hospedaba muchas veces en Betania en casa de Lázaro, y según su costumbre iba muy de ordinario a orar en el Huerto de las Olivas, según vimos que lo hacía desde que vino a Jerusalén.

Y un día de estos, dice San Lucas, estaba orando en un sitio, que por lo que se puede suponer, y por la tradición, era el monte Olivete. Y cuando cesó de orar se le presentaron sus discípulos. Es muy fácil que mientras el Maestro oraba, los discípulos se cansasen por una parte y envidiasen por otra la oración del Maestro. Y deseando imitarle y saber hacer lo mismo que él hacía, para pasar las noches como él las pasaba, uno de ellos, que no sabemos quién fuese, y que algunos conjeturan que debió ser uno de los

setenta, pues de ser uno de los doce, acaso el Evangelista nos hubiera dado su nombre, le dijo:

«—Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos.

»Y les dijo Jesús:—Cuando oréis decid:

»Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amén».

Tan sencillamente nos enseñó el Maestro a orar. Dichoso el que comprenda lo que en esta oración se encierra. Porque ella comprende en su brevedad todo lo que podemos pedir, y todas las peticiones en ella encerradas, como dice muy bien nuestro catecismo de Astete, están fundadas en toda la caridad, es decir, en el más puro y perfecto amor de Dios.

En efecto, amor respira la primera palabra, ni puede darse otra más propia que ella para infundir confianza y respeto en el que ora y provocar amor en aquel a quien invocamos.

Padre nuestro que estás en los cielos.—No solo dirigimos la oración al Padre, sino a todas las tres Personas, pues todas ellas siendo una misma y sola Divinidad creadora nuestra y protectora de todas nuestras cosas, son Padre, y todas las tres Personas nos dieron el ser y nos conservan la existencia y nos conceden todas las cosas y prometen el cielo como herencia. Padre es también Dios, no solo por naturaleza, sino por gracia, puesto que nos adoptó en Jesucristo con un privilegio estupendo de elevación y de amor.

Al decir *nuestro* nos indica Jesús que Dios es padre de todos, y que depuesto todo egoísmo debemos orar los unos por los otros, como por hermanos estrechamente unidos en Cristo. Y al añadir *que estás en los cielos*, nos indica que si bien el Señor está en todas partes y en todas es nuestro padre, pero hay un sitio donde está él especialmente, donde se le ve, donde se le tiene de otra manera de como aquí se le ve y se le tiene. Ese es el cielo, esa es la gloria, esa es nuestra patria, a ella se llevan nuestras oraciones para obtener su fin. Levantad allá vuestros corazones.